



Antonio Rubio Rojas
La memoria viva de la ciudad de Cáceres

JOSÉ MIGUEL DE MAYORALGO Y LODO

Con la muerte de Antonio Rubio Rojas, ocurrida repentinamente en Cáceres el 5 de febrero de 2011, desaparece uno de los cinco fundadores de la Real Academia de Extremadura, institución surgida en 1979 por iniciativa de un grupo de intelectuales y artistas regionales participantes en los Congresos de Estudios Extremeños.

Nació Antonio Rubio en Cáceres el 3 de noviembre de 1938 en el seno de una familia de gran raigambre en la vida local. Los Rubio descendían de los Molina –hasta el punto de que todavía al padre de nuestro difunto compañero y a su familia se les conocía por los Molina- y unos y otros fueron durante más dos siglos escribanos del Ayuntamiento de Cáceres, oficio que hasta el final del Antiguo Régimen se heredaba, ya que uno de sus antepasados lo había comprado a la Corona con carácter perpetuo y hereditario.

Antonio comenzó su aprendizaje de la vida en el comercio que en su ciudad natal había abierto su padre Rufino Rubio Rosado. Fue éste un hombre de gran experiencia y de amplios conocimientos sobre la naturaleza humana,

de quien su hijo único aprendería con gran aprovechamiento, y a quien recordaba con frecuencia no solo como padre sino también como maestro suyo en las múltiples circunstancias de la vida en general que le había tocado vivir, y de sucesos ocurridos en Cáceres en particular. Antonio Rubio era persona que solía escarmentar en cabeza ajena, y ante cualquier situación conflictiva le gustaba mucho actuar o aconsejar conforme al precedente de lo sucedido a tal o cual persona en ocasión parecida, bien por haberlo visto él o por haberlo oído contar a su padre, sobre lo que disponía de un rico anecdotario.

Cursó nuestro difunto compañero Magisterio en la vieja Escuela Normal de Cáceres, y ejerció la docencia en Almaraz y en Torremocha. Simultaneó años después el desempeño de su función pedagógica con el estudio de la carrera de Filosofía y Letras en la Universidad de Sevilla, por la que se licenció en la sección de Historia.

Con la obtención del título universitario, comienza una nueva etapa en la vida de Antonio Rubio. Llega al Archivo Municipal de Cáceres llamado por el inolvidable alcalde Alfonso Díaz de Bustamante, que buscaba una persona idónea para el puesto tras la jubilación de su titular don Fernando Marcos. Comienza a desempeñar el cargo de archivero municipal en 1972 de forma provisional, adquiriendo la titularidad en 1976 tras una brillante oposición, en la que demostró sus amplios conocimientos teóricos de historia y los prácticos que había ido adquiriendo en los años precedentes desde que iniciara sus funciones en el archivo concejil.

En ese intermedio fue designado en 1973 archivero de la Real Cofradía de Nuestra Señora de la Montaña, Patrona de Cáceres, de cuya Virgen fue ferviente devoto hasta el final de sus días.

Desde el primer momento Antonio Rubio se dedicó al estudio de los fondos del rico archivo municipal de la ciudad, siendo su primera publicación importante las “Ordenanzas del Ayuntamiento de Cáceres, recopiladas en 1569”, que había constituido su prueba de licenciatura. Asimismo publica durante esos años diversos trabajos de historia local en la prensa cacereña y en la revista “Alcántara”, en los que va dando a conocer importantes descubrimientos hechos en el ejercicio de su labor investigadora.

Su desbordante vitalidad le supone, paradójicamente, un freno temporal en sus actividades eruditas. Hasta su llegada, el Archivo Municipal de Cáceres contenía casi exclusivamente la documentación histórica; pero debido a su juventud y a su energía, se dispone que se deposite en él y a cargo del archivero toda la documentación administrativa moderna del Ayuntamiento, que hasta entonces conservaba cada negociado. A tal fin el alcalde Díaz de Bustamante mandó hacer una importante reforma arquitectónica en las dependencias del Archivo, y a la conclusión de ésta comenzaron a llegar los numerosísimos expedientes administrativos retenidos hasta entonces en las respectivas dependencias. Durante varios años Antonio Rubio se ve precisado a dedicar su atención a fichar y a archivar cada uno de esos expedientes, sin tiempo apenas para dedicarse a la investigación histórica, que reanudaría una vez concluida aquella ingente tarea, tediosa pero necesaria para el desarrollo de la actividad municipal.

1975 es un año importante en su vida, ya que, por una parte, fue nombrado por el Ayuntamiento Cronista Oficial de la Ciudad de Cáceres; y, por otra, resultó elegido académico correspondiente en Cáceres de la Real Academia de la Historia, siendo durante muchos años el decano de esta clase en la provincia cacereña. Como tal correspondiente, formó parte de la Comisión Provincial de Monumentos, de la que sería designado secretario.

También fue elegido, tiempo después, correspondiente de la Academia Vélez de Guevara, de Écija, y de la Real Academia de Bellas Artes de Santa Isabel de Hungría, de Sevilla.

Durante estos años participa en congresos, seminarios y encuentros, en los que presenta diversas comunicaciones sobre temas cacereños y pronuncia numerosas conferencias dentro y fuera de su ciudad natal.

En 1978 inicia la publicación de una guía de Cáceres. Seguía así la senda que ya habían recorrido otros eruditos como Carlos Callejo, Miguel Ángel Ortí Belmonte, Antonio Floriano y el conde de Canilleros. La primera edición se llamó *Cáceres (ciudad histórico-artística)* y fue declarado libro de interés turístico por Resolución de la Secretaría de Estado de Turismo de 24 de mayo de 1979. Esta obra, de la que Antonio Rubio era el autor de las nume-

rosas fotografías que acompañaban al texto, conoció, al menos, cuatro ediciones, en las que nuestro compañero fue enriqueciendo la obra tanto en la parte literaria como en la gráfica. También salió del ámbito estrictamente local y publicó en 1980 una guía turística sobre las localidades de Malpartida de Cáceres, Arroyo de la Luz, Navas del Madroño, Brozas, Alcántara, Mata de Alcántara y Garrovillas, que tituló *La ruta de las chimeneas*. Todas las guías cacereñas tuvieron gran aceptación por parte del público y acrecentaron la fama de su autor, al tiempo que cumplieron su función de divulgar dentro y fuera de Cáceres los numerosos monumentos de la ciudad.

En 1989 editaría, sin su nombre, pero con el sello de la editorial Guadiloba, que había creado para distribuir sus obras, un plano y callejero de Cáceres, primera publicación de esta naturaleza que hubo en la ciudad en los tiempos modernos.

Como fruto de sus investigaciones, saca a la luz en 1986 una de sus obras más importantes: *Cáceres. Resumen de historia local*, que comprendía desde los orígenes de la población hasta 1598, año de la muerte del rey Felipe II. Tenía previsto que fuera el primer volumen de una serie histórica sobre su ciudad natal que, sin embargo, no tuvo continuidad.

La actividad investigadora y publicista llevada a cabo por él hasta el momento, propició que cuando en 1979 se acuerda la creación de la Real Academia de Extremadura de las Letras y las Artes, se pensara en Antonio Rubio para constituir el grupo de los cinco fundadores. Se había dispuesto que formaran dicho grupo inicial tres académicos de Reales Academias nacionales, extremeños o vinculados a la región, que fueron don Antonio María de Vargas Zúñiga y Montero de Espinosa, Marqués de Siete Iglesias (de la Real Academia de la Historia), don Xavier de Salas y Bosch (de la de Bellas Artes de San Fernando) y don Antonio Hernández Gil (de la de Jurisprudencia y Legislación); y dos académicos correspondientes de Academias nacionales, uno por la provincia de Badajoz (don Manuel Terrón Albarrán) y otro por la de Cáceres, que sería Antonio Rubio Rojas, como correspondiente que era, al igual que el anterior, de la Real Academia de la Historia.

No es de este lugar relatar aquellos emotivos e ilusionantes momentos iniciales de la fundación de la Real Academia ni sus primeros pasos para constituirse en la institución cultural más representativa de Extremadura, pero sí destacar que Antonio Rubio Rojas permanece ya vinculado para siempre al nacimiento de la corporación.

Los fundadores fueron leyendo sus respectivos discursos de ingreso, siendo Antonio Rubio el último del grupo inicial en hacerlo. Tuvo lugar el acto el 29 de marzo de 1981 en el auditorio del antiguo convento de San Francisco extramuros de su ciudad natal, y el título fue “Cáceres y la sublevación de las Alpujarras”. En ese discurso, el nuevo académico trató con gran erudición de la intervención de la milicia cacereña durante la rebelión de los moriscos del reino de Granada en 1569. En nombre de la naciente corporación contestó al recipiendario don Xavier de Salas.

Desarrolló Antonio Rubio la misma actividad incansable en pro de la Academia que desplegaba en las demás manifestaciones de su vida, porque su carácter apasionado le impulsaba a implicarse con plenitud en todas las entidades de las que entraba a formar parte. Ejerció el cargo de Tesorero de la Real Academia en el período 1991-1996, demostrando grandes dotes de buen administrador y de excelente gestor. Dejó tan grato recuerdo que volvió a ser elegido por unanimidad para el mismo puesto en octubre de 2010, pocos meses antes de su muerte.

Pero fue sobre todo en el desarrollo habitual de las tareas académicas donde Antonio Rubio puso de relieve sus grandes cualidades humanas e intelectuales, tanto en la emisión de informes, como en la elección de temas de debate, o en la solución práctica y ecuaníme de los problemas corporativos de todo tipo planteados, a los que aplicaba siempre el sentido común y la larga e intensa experiencia que había ido acumulando a lo largo de su vida.

Junto a la actividad académica, nuestro difunto compañero desarrolló otras muchas, siendo quizás la más relevante su vinculación al mundo de las cofradías. Hombre de acendradas convicciones religiosas y católico practicante, había sido llamado en 1990 a pronunciar el pregón de la Semana Santa cacereña, que posteriormente editaría, en el que ofrece una serie de noticias

históricas de gran interés sobre las hermandades y los desfiles procesionales en los pasados siglos.

Pero el deseo de Antonio Rubio era el de dotar a la ciudad de Cáceres de un paso procesional que representase la Sagrada Cena y recordase la institución del misterio eucarístico. Junto con don Serafín Martín Nieto, destacado estudioso de las cofradías y de otros aspectos relevantes de la historia de Cáceres, decidieron fundar una hermandad sacramental con aquella advocación. El 20 de diciembre de 1993 formaron ambos una comisión pro paso de la Sagrada Cena y se contrató con el imaginero sevillano don Antonio Joaquín Dubé de Luque la realización del paso. En 1995 salió en procesión el Señor de la Eucaristía solamente y en años sucesivos se fueron incorporando los apóstoles a medida que el ilustre artista los iba tallando. Una vez completado, el paso de la Sagrada Cena es sin lugar a dudas el más espectacular de la Semana Santa cacereña.

El 23 de mayo de 1996 el Obispo de Coria-Cáceres erigió canónicamente la cofradía de la Sagrada Cena, con sede en la parroquia de Santiago. Serafín Martín Nieto quedó elegido mayordomo y Antonio Rubio hermano mayor. Ambos desplegaron desde entonces una febril actividad para dotar a la nueva entidad de vida intensa tanto en el ámbito espiritual, como en el artístico, el financiero y el patrimonial, lo que se consiguió en pocos años, gracias sobre todo al tesón e inteligencia de ambos directivos.

En otros aspectos de la vida ciudadana desplegó sus muchos conocimientos Antonio Rubio. Gran aficionado a las corridas de toros, no solo frecuentó con asiduidad el centenario coso cacereño y los cenáculos taurinos, sino que también pronunció conferencias y participó en debates y tertulias sobre el mundo de la tauromaquia.

Su enorme capacidad de trabajo le permitía desarrollar diversas actividades al mismo tiempo, y así compaginaba su trabajo matutino como archivero municipal con el ejercicio vespertino de la docencia, dando clases de historia en colegios particulares y como Profesor asociado de la Escuela Universitaria de Formación del Profesorado de E.G.B., en Cáceres, sin descuidar sus otras ocupaciones de ámbito académico y cofrade ya reseñadas.

En el desarrollo de todas estas actividades Antonio Rubio se vio respaldado siempre por su mujer Mercedes Muriel Tapia, con la que había casado en Cáceres el 7 de marzo de 1970. Su apoyo y sus consejos resultaron siempre muy valiosos para su marido, quien de este modo encontró en ella una excelente consejera y una compañera ideal en la toma de decisiones familiares y profesionales de gran importancia.

Dotado de un profundo sentido de la amistad, fue muy amigo de sus amigos, y se preocupó siempre de tratar de resolver sus problemas tanto de tipo personal como de otra naturaleza. En el seno de la Real Academia de Extremadura procuró siempre que fueran elegidos como nuevos académicos personas capaces por sus conocimientos y por sus cualidades personales para enriquecer la vida corporativa. Por eso, dentro y fuera de la Academia sus muchos amigos lloramos su muerte prematura, llegada de forma inesperada, cuando se encontraba en plena madurez intelectual y cuando se esperaban de él los frutos abundantes que en su larga trayectoria vital había estado preparando.

En la contestación a su discurso de ingreso en la Real Academia de Extremadura, don Xavier de Salas decía de Antonio Rubio que “por este doble camino de la conferencia y del artículo ha ido divulgando la historia general y dando a conocer aspectos de la pequeña historia de Cáceres –de su ciudad– que conoce como pocos, y como bien pocos ama”. No pudo definir mejor el ilustre académico a nuestro llorado compañero Antonio Rubio Rojas, porque toda su vida estuvo presidida por el amor a Cáceres y por el deseo de divulgar los muchísimos sucesos antiguos o recientes de su historia, que tan bien conocía, hasta el punto de que a su muerte la prensa, con pleno acierto, dijo de él que había sido la memoria viva de la ciudad.